

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ  
BORJA CANO VIDAL  
MARTA PASCUA CANELO  
VEGA SÁNCHEZ-APARICIO  
(EDS.)

---

**POESÍA**  
**(LITERATURA ACTUAL EN CASTILLA Y LEÓN, 5)**

---



FUNDACIÓN INSTITUTO CASTELLANO Y LEONÉS DE LA LENGUA

---

*LIBROS SINGULARES, Nº 31*

# LA POESÍA CASTELLANOLEONESA DEL SIGLO XXI. MIRADAS Y PALABRAS

Asunción Escribano Hernández  
*Universidad Pontificia de Salamanca*

## 1. INTRODUCCIÓN

Miguel Casado escribía en 1985 que Castilla y León aparecía en ese momento «a los ojos de todos como un desierto cultural» (Casado, 1985: 13) no solo en relación con los grandes centros culturales como Madrid o Barcelona, sino también frente a espacios geográficos emergentes como entonces era el andaluz. Sin embargo, el entonces catedrático de la Universidad de Salamanca, Víctor García de la Concha, en una de sus intervenciones en el I Congreso de Literatura Contemporánea en Castilla y León, se refería a la «abundancia y la riqueza de aportaciones hechas en y desde Castilla y León a la poesía española a partir de la guerra civil» (García de la Concha, 1986: 94). Esta aparente discordancia de opiniones no lo es tanto si tenemos en cuenta que, además de ser resultado de la diferente amplitud temporal escogida a la hora de hacer el análisis, apuntaba, sobre todo, hacia la distancia entre la realidad cultural existente en aquel momento en nuestro territorio, y la percepción de la tradición poética del mismo en el conjunto del panorama cultural de la España de las últimas décadas.

En la misma dirección señalada por el profesor García de la Concha se orientaban las conclusiones del II Congreso de Literatura Contemporánea en Castilla y León, casi dos décadas después, donde se habló del avance en ese periodo de la poesía en nuestra región. Así, en 2005, teniendo en cuenta no la «anatomía de un instante», como diría Cercas, sino de una época, lo que a mi juicio resulta más cercano a la realidad, escribiría Balcells que: «se pudo afirmar allí que la literatura de Castilla y León, en los últimos decenios del siglo xx, y a principios del tercer milenio, ha atravesado, y atraviesa una época al menos de plata, o mejor dorada» (Balcells, 2005: 16).

Hoy, pasados más de tres lustros de aquel II Congreso, hay que seguir manteniendo esta afirmación, incluso con mayor intensidad y convicción, y hablar claramente de edad dorada. Hoy se puede decir que Castilla y León, con una población de escasamente dos millones y medio de habitantes y nueve provincias, es una geografía cultural de gran productividad e inmensa creatividad por parte de sus autores. Es casi como si, por una extraña multiplicación de la justicia poética, el paisaje y el territorio se ofreciesen a paliar con generosa inspiración la escasez que pudiera generar la agonía demográfica, permitiendo así surgir, del aunado esfuerzo colectivo, una veintena de importantes premios de poesía reconocidos fuera de la región.

## 2. LA POESÍA CASTELLANOLEONESA

Pero, antes de nada, habría que preguntarse si existe una poesía castellano-leonesa. Como bien señala Prieto de Paula, los tópicos territoriales con que configuramos nuestros mapas de cultura han sido siempre muy recurridos en el estudio de la poesía de cualquier época (De Paula, 2010a). Y creo, en este sentido, que habría que hablar de la presencia de una poesía «en» Castilla y León (como acertadamente se denomina este encuentro), en lugar de hablar de una poesía «de» Castilla León. Señalo la importancia de este distinto empleo preposicional, porque cada uno de estos usos implica un enfoque diferenciador sobre esta realidad. La preposición «de» apuntaría a una relación causal, casi genética, que vincularía territorio y poesía. Sin embargo, la segunda preposición, «en», hace hincapié en una asociación solo local, física, circunstancial, sin que de su uso derive la determinación o condicionamiento mutuo en esta relación.

La poesía que se escribe en la actualidad en Castilla y León no difiere, por tanto, en sus estéticas predominantes de la de otros territorios, como bien han señalado diversos autores (Casado, 1985: 19). Entre ellos, Antonio Colinas ha afirmado que, «un lugar o un pueblo son, a la vez, solo un microcosmo del macrocosmo» (Colinas, 2016: 248). Cada época responde a unos modelos determinados y a una tradición cultural recibida que se comparte geográficamente, y que es igual de válida en cualquier región, sea Castilla y León o Andalucía, por poner dos ejemplos, y que de igual manera afecta a espacios lejanos del territorio nacional, tanto más hoy en día en que las redes sociales han abolido las distancias espaciales y temporales entre escritores y que, por tanto, es posible mantener relaciones frecuentes y fluidas entre ellos, con lo que esto conlleva de posibilidad de lectura continuada y, sobre todo, de mutua relación e influencia.

De esta manera, son varios los autores que se han cuestionado esta vinculación entre territorio y literatura. Entre ellos, Prieto de Paula concluye que no es posible aunar de manera determinante la poética de un autor y su procedencia geográfica, a pesar de que haya algunas características, debidas al clima cultural y a una tradición que contribuyen a la conformación estética, especialmente en el caso de los poetas jóvenes (Prieto de Paula, 2010a: 7). Por su parte, José Enrique Martínez en un completo artículo sobre la poesía leonesa, aplicable a cualquier provincia de nuestra región, añadía que «en el sintagma “poesía leonesa”, el adjetivo es una acotación geográfica o sentimental, no crítica: que lo sustantivo es la poesía», y que «la universalidad es el valor que debe cimientar cualquier edificio poético, procedan de donde procedan los poetas» (Martínez, 1994-1995: 139).

Para realizar, entonces, un planteamiento correcto habría que hablar de poetas diversos asentados en distintas provincias, donde conviven los nacidos con los que han desarrollado su currículum vital o profesional en ellas, sin que esto suponga la consideración de la geografía como un factor condicionador, puesto que la división literaria por provincias está asentada en otros criterios (sociopolíticos) que no son los poéticos.

Estas páginas se centran en una revisión general de los grupos y las estéticas de los poetas vivos que han nacido o que viven en nuestra región, como ejemplo de las tendencias poéticas que conviven en el resto del país. Por motivos evidentes no se ha pretendido exhaustividad en la nómina de poetas, principalmente por una cuestión de espacio. Hay que tener en cuenta, además, cuando se afronta el estudio de una época, que normalmente los escritores que conviven en ella no cultivan solo una estética sino que suman elementos de varias, incluso modos de escritura propios y diferenciadores del resto, y que es habitual que, a lo largo de su trayectoria, varíen en la manera de concebir su propia obra. Agrupar en generaciones, corrientes o estéticas a los escritores y a sus obras, por tanto, tan solo es una manera simplificadora de poder organizarlos para su estudio. Los autores y los libros siempre son más amplios, ricos y variados que su mera clasificación y agrupación.

Parto de la certeza, en definitiva, de que hay muchas diferencias entre los escritores de Castilla y León, tanto por edad como por razones poéticas, y de que gran parte de la riqueza y fecundidad de nuestra poesía tiene que ver con la convivencia simultánea de corrientes literarias y grupos generacionales distintos.

### 3. LAS ESTÉTICAS EN CASTILLA Y LEÓN EN EL SIGLO XXI

#### 3.1. LOS MAESTROS

En primer lugar, ejercen su magisterio en nuestra región poetas pertenecientes a grupos generacionales ya alejados en el tiempo. Entre ellos, ilumina como un faro el leonés Antonio Gamoneda, perteneciente por edad al grupo de los 50 –generación que ha sido negada por el propio Gamoneda, quien la ha considerado como una «invención comercial» (*ABC*, 2005)–, pero cuyo perfil, como bien se ha dicho, «no encaja con las previsiones de la ingeniería generacional» (Sánchez Santiago, 2006: 8), ya que muestra en su trayectoria poética características personales que lo diferencian del resto de escritores de este grupo. Desde su inicio, la poesía de Gamoneda evoluciona «desde unos planteamientos marcadamente literarios ante la muerte y unos moldes poéticos tradicionales, hacia una meditación sobre los límites últimos de la vida, en una escritura que muestra una doble progresión: hacia los límites vitales del sujeto lírico y hacia los límites de la poesía» (Expósito Hernández, 2003: 354). Álvaro Valverde percibe que, en la cuidada obra de Gamoneda, se manifiestan el «silencio de la vida» y el «silencio de la muerte que halla un correlato en el más duro silencio de Dios» (Valverde, 1993: 105). Y de él ha escrito hermosamente Amalia Iglesias que «amasa las sombras para buscar la luz del otro lado» (Iglesias, 2006).

Su escritura poética es, en este sentido, un claro ejemplo de la función realizativa del lenguaje, en la que nombrar es hacer ser lo nombrado. Tanto el autor como la crítica han señalado el uso en su obra de palabras con un fuerte carácter simbólico, pero «se trata de un simbolismo con un solo miembro: el símbolo es, en su naturaleza, aquello mismo que simboliza». Es, por tanto, su escritura una forma de identidad entre el nombrar y el ser; entre el decir poético y el crear más íntimo. Todas sus imágenes han sido reconocidas por él mismo como «huellas de mis ojos, los contenidos de mi alma» (Casado, 2004: 585-586).

En cuanto a su estética, es profundísimamente original: es labor del poeta ser creador de vida mediante la palabra. Así lo manifiesta, precisamente, en un texto hermoso dedicado a su nieta Cecilia. Escribe Gamoneda en el poema: «Dices: “va a venir la luz”. No es su hora/ pero tú desconoces la imposibilidad:/ piensas la luz» (Gamoneda, 2004: 508). Habla el escritor en el texto de su nieta, pero podría estar perfectamente nombrándose a sí mismo como creador, diciendo su propia mirada y su resistencia lírica frente a lo imposible, hablando de la potencia inmensa que contiene en sí la palabra poética. Esa es la misión del poema. Esta es, sin duda, la misión del poeta.

Junto a Gamoneda, de igual modo, prestan voz y guía en nuestra región actualmente algunos de los poetas del grupo de los 60: la llamada por algunos críticos como generación entre paréntesis (Morales Lomas y Torres García, 2015), constituida por escritores que se añadieron tardíamente a la «generación del 50», con los que compartían tiempo y escenario público, pero cuya tamizada estética social evolucionó rápidamente de manera personal hacia una reflexión sobre el lenguaje de manera intimista, y con gran lirismo. Uno de los mejores representantes de este grupo (Prieto de Paula, 2005) en nuestra tierra es, actualmente, Jesús Hilario Tundidor.

En la obra de este escritor zamorano puede advertirse desde sus inicios una íntima singularidad y una enorme diversidad, ajena también a modas o tendencias (Carbajosa, 2010: 13). En esa búsqueda de la renovación poética y de la identidad que caracterizó la poesía en los años 60, Tundidor logró piezas muy relevantes (García de la Concha, 1993: 8), apoyándose en la esencial comunión del hombre con la naturaleza (Lostalé, 2019: 6) y, de igual modo, en la reflexión sobre el propio hacer poético: «Anhelo,/ ya hermandad absoluta, la existencia./ Todo es un vuelo y más, es más que un vuelo» (Tundidor, 2010), escribía el poeta zamorano en un poema titulado, precisamente «Poética». El ala y el vuelo aludidos en los poemas apuntan a un origen inspirador y sagrado de la escritura, de raíz «guilleniana». Natalia Carbajosa señala la singularidad, y diversidad también, del poeta desde sus primeros libros; su conciencia en relación con el lenguaje cuidado, de raíz ontológica, y la vinculación de su obra con la razón y con la inteligencia (Carbajosa, 2010: 13-14).

Una década después, situados ya en los años 70, y manifestado el cansancio de la poesía social, se constituyó como corriente predominante –aunque no única– en nuestro país la llamada estética novísima. Esta propuesta, surgida a partir de la polémica antología *Nueve novísimos poetas españoles* editada por José María Castellet, abrió en nuestro país caminos no transitados por la poesía hasta ese momento. Posteriormente se incorporarían a ese movimiento otros jóvenes poetas, los llamados por algunos críticos como los «décimos novísimos», con personalidades líricas propias, que siguieron cada uno un rumbo individual y único en direcciones muy distintas (Barella, 2013). Algunos de estos autores ensancharon la mirada novísima con la indagación en sus poemas sobre el propio acto creador, la escritura y el lenguaje, cobijándose, en algunos casos, en la concepción de la poesía como medio de conocimiento de la realidad (Barella, 2013).

Pertenecientes a este grupo y vinculados a nuestro territorio destacaron, entre otros, Claudio Rodríguez, José-Miguel Ullán, Aníbal Núñez, Jaime Siles o Antonio Colinas, poeta este último que ha defendido siempre la creación

por encima de teorías y grupos (Jiménez, 1984: 11). De Antonio Colinas se ha escrito que es el más puro del grupo (Pereda, 1980), y también el más lírico de todos (Puerto, 2019). Su estética hunde sus raíces en un sentimiento asumido de la naturaleza, muy vinculado al romanticismo centroeuropeo y al pensamiento místico, tanto occidental como oriental, lo que le diferencia en esos años de la preponderante estética novísima.

De firme personalidad expresiva, suma en sus poemas elementos de corrientes y tradiciones muy diversas, haciéndolos suyos con un estilo personalísimo y cuidado en la forma y en el fondo. De él se ha dicho que avanza notablemente en la escrupulosa vigilancia del lenguaje hacia un estilo muy personal (Jiménez, 2001: 21). En él la poesía se asocia a nociones tan entrañables como la meditación, la vida o la experiencia. En su obra se observa una evolución desde el clasicismo y el romanticismo culturalista de los primeros poemarios, hasta la reflexión meditativa de sus últimos libros, concretada en un panteísmo abarcador («pensar –ha escrito– que aunque seamos solo una brizna del universo tenemos concentrado la totalidad de este en ese punto») (Colinas, 1991: 94), y también en la conciencia de la necesidad de hacer vibrar conjuntamente la poesía y la vida, la reflexión y la emoción.

Hay que señalar, además, que Antonio Colinas ejerce en nuestra tierra como Maestro –con mayúsculas– sobre las generaciones más jóvenes, a pesar de que él mismo se cuestione en alguna de sus obras si «quizá haya pasado el tiempo de los maestros» (Colinas, 2016: 233). Su magisterio es ejercido en el sentido clásico, tal y como lo define el reciente y tristemente fallecido (también Maestro él) George Steiner, cuando escribe que ser Maestro consiste en «despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos» (Steiner, 2004: 173). Algo que le agradecemos a Antonio Colinas todos, los más jóvenes y los que ya no lo somos tanto...

### 3.2. LOS AÑOS 80 Y 90

A partir de 1975, la estética veneciana evoluciona, y empiezan a darse a conocer poetas de esta generación que no habían cultivado dicha mirada. Llamados «Postnovísimos» por Luis Antonio de Villena (1986), se presentan como un grupo muy ecléctico y muy plural. De este modo, según avanza el tiempo, situados ya en los años 80 y llegando hasta los 90, se produce en la poesía española una fragmentación en la concepción del propio fenómeno

creador, que deriva en cierta distribución territorial de las dos estéticas predominantes en este momento.

Por un lado, nos encontramos con el movimiento que parte de la corriente denominada «la otra sentimentalidad», opuesta a la nueva sensibilidad que definía según Castellet al grupo de los Nueve Novísimos, y que acaba siendo asumida e identificada con la poesía de la experiencia o poesía del realismo meditativo (Villena, 2003: 16) que –entre otros– es cultivada en nuestra región –de manera personalísima– por el poeta y catedrático en la Universidad de Valladolid, David Pujante, que integra esa mirada realista y meditativa con la tradición clásica.

Por el otro lado, la segunda tendencia importante en este momento es la que se conoce, entre otras denominaciones, como poesía del silencio, poesía metafísica (Villena, 2003: 20) o poesía del irracionalismo cognoscitivo (Villena, 2016: 47). Algunos de sus planteamientos, siempre asimilados de manera individual y modificados según avanza el tiempo, fueron compartidos en Castilla y León por parte de sus poetas. Influidos sus representantes por escritores como Paul Celan, María Zambrano o José Angel Valente, concibieron el poema como modo de conocimiento de una realidad a la que no es posible acceder de manera cotidiana. Su lenguaje, muy elaborado, tendía a la pureza formal, e incluía la conciencia de la responsabilidad estética del poeta frente al tiempo.

Entre los autores de nuestra región que encarnaron esta voz lírica podemos citar, entre otros muchos, al poeta abulense José María Muñoz Quirós. Su obra revela, desde el principio, una honda preocupación por el lenguaje y sus límites, así como una fuerte conciencia de la misión de la poesía como vehículo de recuperación de lo vivido (Valera Ruzafa, 2005: 16). Es la suya una escritura concebida como forma de conocimiento, que nombra el poder de la palabra para rescatar todo lo perdido, con un ritmo fragmentado que apoya esa idea de naufragio constante, luminosa a pesar de su carácter elegíaco. En sus últimos libros se presenta intensamente dirigida hacia la contemplación, algo que le acerca a nuestra mística castellana, de manera especial en el canto de la obra *Inalterable luz*, donde se escucha esa paradoja tan cercana a los místicos de nuestra tierra: «Si vuelas ve al alto mundo/ de la luz,/ al precipicio/ de la clara belleza/ de unas sílabas mudas», y en la que se enlazan íntimos el vuelo, el silencio, la música y la palabra (Muñoz Quirós, 2017: 125).

Igualmente, el escritor Fermín Herrero representa en nuestra tierra la mejor meditación asimilada al paisaje. De mirada nítida y palabra clara, la poesía de este soriano refleja un profundo intimismo, en el que se articula el afán



lírigo de lograr la duración: «Cualquier palabra escrita traza, rumia/ su afán de permanencia», escribía en *De Atardecida, Cielos*, xv Premio Ciudad de Salamanca de poesía (2012: 33). En ella se adiciona la meditación al sentimiento, para expresar su compromiso con el mundo, en el que la escritura se identifica con la vida: «La poesía/ es la conciencia», subraya, aunque añade, consciente de su limitación: «No vas a detener/ el mundo con tus versos» (Herrero, 2016: 19). De carácter epifánico, su poesía desvela las dimensiones profundas de la realidad a través de los paisajes, y sus poemas se ponen al servicio de esta revelación y de ese júbilo. «No puede ser el verso cántico/ sino escucha, ventana/ sin cristales» (Herrero, 2012: 15), escribe apuntando al silencio anterior a la escritura poética, a ese estado de recepción extrema y de escucha, necesario para poder nombrar la realidad, para poder construir la verdad.

Junto a las estéticas citadas anteriormente, conviven en estos años, incluso cultivadas en un mismo escritor, otras concepciones poéticas, ya que son «pocos los caminos que permiten una fijación conceptual inequívoca» (Prieto de Paula, 2010b: 24-25) y lo habitual es que los poetas se dejen influir y asuman elementos de corrientes diversas. Así, está muy presente en Castilla y León la que se ha denominado «poesía épica» (López, 1982). Esta corriente considera el poema como un arte salmódico, en el que se asume la herencia de la lírica tradicional, y en el que el poeta invoca «el origen primitivo de la creatividad, en la adversidad y en la soledad ante el mundo representado» (López, 1982: 20). Cercanos a ella se pueden considerar los poemarios de Julio Llamazares y algunos de los de Juan Carlos Mestre (López, 1982: 481).

Es buen ejemplo de lo afirmado antes la breve, mas significativa y hermosa, obra poética del leonés Julio Llamazares, recogida en *Versos y ortigas* que, a través de un ruralismo simbólico de carácter salmodiante, refleja la conciencia de su autor con el tiempo que le ha tocado vivir. Con un intenso componente de compromiso social, a la vez que con una fuerte conciencia artística, a la que no son ajenas ciertas marcas de surrealismo, la obra del leonés conecta con los grandes escenarios históricos y culturales. Su poesía es, como se ha afirmado, «una forma contrahegemónica de redimir la identidad individual y colectiva» (Llera, 2019: 534). Su obra completa, profundamente lírica, incluso en su vertiente narrativa y ensayística, «se alimenta de las historias y leyendas contenidas en los relatos orales y los recuerdos familiares de su infancia» (Cossalter, 2007: 301).

En sus poemarios, Llamazares escribe sobre el olvido y el papel catártico y salvador de la memoria. «Amasar la memoria es bondad de alfareros, lentitud de veranos en fabulación» (Llamazares, 2009: 70) ha escrito, apuntando así al

papel protector de la palabra. Sus versos se construyen sobre imágenes prodigiosas que señalan el nivel profundo de participación emocional que el poeta posee con lo que le rodea. «La poesía es una manera de mirar el mundo» (Rendueles, 2010; 24) ha afirmado el escritor y, por eso, la suya habla de una forma de estar en él que expresa la unicidad de todo, y de la solidaridad a que ello obliga, de un estado de ánimo que rima con el paisaje y que se ha encarnado en una tierra y en sus habitantes. El poeta desgrana en sus poemarios la evocación de su historia cargada de melancolía, en largos versos libres, y lo hace preguntándose por el pasado perdido. Pero sobre esa oscuridad que impregna lo vivido se impone siempre lo blanco, un paisaje helado e indestructible que ha quedado tatuado en el recuerdo. La nieve ocupa el corazón de quien la vio en el pasado y sigue viviéndola como una noria que diera vueltas, obsesiva, eternamente, ante la que los ojos del escritor se sitúan en el espacio intermedio entre el asombro y la aceptación del milagro.

Junto a él, también la obra del leonés Juan Carlos Mestre suma la conciencia artística a la conciencia social, al tiempo que es un reflejo perfecto de elementos variados que desembocan en una poesía que encarna, de manera magistral, la unidad esencial de todas las artes. La creación es semejante, para Mestre, a un símbolo, en el sentido original de la palabra, como si fuera un objeto dividido en dos mitades que buscaran la unidad perdida. De este modo lo escribe el leonés en su poética: «Cuando digo casa, cuando apilo losa o diamante, construyo esa casa y entro en ella y cruje en sus maderas y veo el corro de mis antepasados alrededor de la pequeña hoguera del corazón» (Mestre, 1999).

Un fuerte compromiso con su tiempo conduce su escritura visionaria hacia la nostalgia, hacia la memoria, hacia la herida, como hace en su doliente poema «Antepasados» de *Antifona del otoño en el Valle del Bierzo*, poema en cuyo final se escribe: «Poco es lo que puede hacer un hombre con las migas de la piedad,/ comer pan mojado los días de lluvia a los que luego seguirán largos/ días de viento/ y hablar de la necesidad,/ hablar de la necesidad como se habla en las aldeas/ de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuidado/ en un pañuelo» (Mestre, 2003: 8). Hermosa poesía y necesaria para un tiempo como el nuestro.

Otros escritores de nuestra región, como Gonzalo Santonja, José Luis Puerto, Antonio Colinas, Tomás Sánchez Santiago o Carlos Aganzo comparten en este momento, elementos de esta corriente épica de carácter salmódico con otros procedentes de otras miradas, como la meditativa, la novísima o metafísica, representada brillantemente en nuestra tierra por el poeta y crítico vallisoletano Miguel Casado.

En este sentido, es ejemplo de esa aludida suma de influencias diversas la obra del escritor salmantino Gonzalo Santonja, quien practica una escritura en la que se anuda la contemplación a la reflexión, y que incluye la conciencia de la necesidad de incorporar en sus versos el cuidado estético, al tiempo que la obligación de apuntar a lo imperfecto del mundo, de reunir en sus poemas «la tiniebla y el relámpago» (Santonja, 1996: 48). Su poesía, como él mismo ha señalado, responde a un diálogo interior, en el que se encuentran presentes sus obsesiones: «la nieve, las montañas, los animales o la soledad» (Europa Press / La Rioja, 2013).

De este modo, Santonja despliega desde el principio una escritura profundamente limpia y lírica que desvela un mundo luminoso, a pesar de sus oscuridades. Ante él, el poeta siente la llamada de la revelación, acogida en silencio: «Esta noche/ llevo puesto un traje de ojos./ Es hablar lo que nos pierde» (Santonja, 1996: 39). El escritor se sitúa así en un estado de contemplación que incorpora la necesidad de nombrar la conciencia de la imposibilidad de modificar la realidad que se poetiza: «No me atrevo/ a escribir lo que debiera./ Además, por dos palabras/ no dejarán de caer las flores/ del mismo modo» (Santonja, 1996: 32). Imposibilidad consciente, frente a la posibilidad esperanzada que encarna en sí toda su obra.

Otro de los escritores de trayectoria más coherente y lúcida en nuestra región es José Luis Puerto, quien desarrolla desde el inicio de su obra lo que he llamado en otro espacio «una poética de la desposesión» (Escribano, 2006). En ella se acompaña una profunda dedicación a la palabra con una mirada que se aposenta en lo pequeño, en lo desatendido, en los lugares sagrados que, con frecuencia, están olvidados por los espacios de poder. También da cabida en sus poemas a la memoria, a la raíz: «A todo aquello que nos da sentido porque está ahí», como él mismo ha escrito (Combarros, 2019); a un pasado, anudado a la infancia, a la inocencia (Monje, 2019), donde todo se sostiene sobre un equilibrio precario pero verdadero, y en el que las palabras (y con ellas toda la tradición oral), asociadas a lo sacral, poseen una fuerza hoy ya perdida.

Su poesía, profundamente hermosa y auténtica, anuda en su centro los mejores valores del humanismo, y ofrece una poética de la redención a través de la asunción de este lugar fragmentado, como manera de ser y de estar en el mundo, y como forma de resistencia frente a las injusticias. Como «lugar del ser» definía la poesía Puerto en su discurso de entrada en la Academia Castellano-Leonesa de Poesía en el 2000, añadiendo que toda la escritura poética tiene como objetivo final «la realización plena del ser humano en el mundo, a

través de una belleza verbal que ilumina tal perspectiva y que crea un cosmos en el que sea posible reconocernos y reconciliarnos con nosotros mismos y con nuestra condición, frente a todos los caos que tienden a desdibujar la tarea más hermosa de nuestro paso por la tierra» (Puerto, 2000: 11).

Por su parte, el escritor zamorano Tomás Sánchez Santiago plantea, de igual modo, su poesía como una manera de responsabilidad con la realidad y con el tiempo en el que vive. «Tomás aboga por una retórica –escribe sobre él el profesor Trabado Cabado– que es capaz de la grandilocuencia y lo sublima al tiempo que establece un vínculo eficaz y un diálogo perenne con lo que le rodea por nimio que sea. Lo diminuto, lo invisible, lo casual despierta una honda reflexión que cristaliza en la creación poética» (Trabado Cabado, 2005: 235). «Tócame con los nombres sumergidos», escribe en su poema «Lo musitado», después de aludir a «la extraña compasión de los significados» (Sánchez Santiago, 2020), defendiendo así una poesía que roce la realidad, pero no cualquiera, sino esa que no dejan escuchar los ruidos y los tambores de nuestro tiempo.

Igualmente situado en ese cruce de estéticas, se encuentra el poeta Carlos Aganzo, cuya voz, cuidada y simbólica, transmite en sus versos el lugar íntimo de la belleza como refugio y salvación, frente a todo lo violento y sus señales. Así lo vemos en su concepción del hogar como espacio inexpugnable y luminoso; del corazón como lugar íntimo de redención del hombre; de la memoria, símbolo de aquel territorio donde es posible siempre el refugio; y del poema, modelado como un mapa de silencio en el que se puede apreciar el sentido verdadero de las cosas. En este contexto, el poeta es para Aganzo una especie de mediador lúcido, un profeta que escucha las voces apagadas por el resonar del mundo: «En la voz de la noche/ se oyen todas las voces/ que callan durante el día. [...] Voces que a veces vienen de lo alto;/ vestidas de hermosura,/ y nos cantan sin miedo/ esa otra canción que nos aguarda» (Aganzo, 2018: 23), escribe con un lenguaje depurado, al servicio tanto de la reflexión como de la emoción, y a través de una estructura verbal intensamente melódica en la que también se da cabida a la conciencia.

### 3.3. OTRAS VOCES

Mientras ambos movimientos –experiencia y silencio– llevados a sus extremos apostaron en sus primeros años por el combate público a través de los premios, las revistas y los medios de comunicación, según avanzaba el siglo, algunos autores apostaron por distanciarse de dicho combate, cultivando una

poesía diferenciada y personal. Es el caso de la palentina Amalia Iglesias, en cuya habla lírica inicial puede rastrearse un discurso de referencias freudianas sumado a cierta estética neosurrealista. Esta última mirada, que si bien no articuló ningún grupo, pero que se dejó sentir en esos años en la escritura de algunos poetas (Balcells, 2007: 112) se moderó, junto con la expresión culturalista, en su libro *Dados y dudas*, en el que se inicia una nueva etapa en la producción poética de esta poeta, y se pronuncia la nostalgia por el amor perdido, y que intenta detenerse con la palabra: «Quería escribir y detener tu fuga» (Iglesias, 1996: 39), a pesar de que esta, que «palidece de fiebre» (Iglesias, 1996: 34), solo consigue transmitir la propia intemperie.

Los poemarios últimos, *Totem espantapájaros* y *La sed del río*, suponen un cambio de perspectiva poética, y en ambos se produce un regreso a la infancia. El primero explora los espacios íntimos, telúricos, ancestrales y sagrados de la memoria, expresados en un diálogo caligramático con lo simbólico y lo visual. *La sed del río*, XIX Premio de Poesía Ciudad de Salamanca, por su parte, supone una vuelta a la infancia, a través de ese río que devuelve un mundo en desaparición, irrecuperable. «Entro en la casa de un tiempo que no existe», escribe en un poema. «Entro en la casa de un tiempo consumido», insiste en otro, con una acertada anáfora que recrea y comunica la obsesión y la tristeza a lo largo del poemario. Todo el libro está cruzado, sin embargo, por una escritura reposada y serena que, como ha afirmado Santos Domínguez, es «tan transparente y tan fluida como las aguas de ese río de la memoria que atraviesa las páginas de este libro y sacia la sed del presente con el agua del pasado que regresa» (Domínguez, 2017).

Igualmente originales, otros escritores dirigieron su mirada en ese momento a la tradición grecolatina, sumando en sus poemas los mitos clásicos a los de la cultura moderna y la sociedad de la información. Como representante en nuestra tierra de esta voz ecléctica está el salmantino Juan Antonio González Iglesias, incluido en la Generación del 99 (García Martín, 1999) y en la Generación poética del 2000 (Villena, 2010), grupo cuyos ideales estéticos son ya muy diferentes de los del anterior (Villena, 2010: 34). Este «refinado filólogo» que «es un absoluto moderno», como se ha escrito de él (Villena, 2007), cultiva una poética, denominada por algún autor como «de clasicismo postmoderno» (Sánchez-Mesa, 2007: 41), «muy apegada a la más rigurosa tradición clásica» (Villena, 2010: 26), que ha ido evolucionando lúcida y hermosamente hasta llegar a uno de sus últimos poemarios (por el momento), *Jardín Gulbenkian* (González Iglesias, 2019). En él, el vitalismo de los primeros libros, la reflexión, la imagen de cuño culturalista acendradamente grecolatina y la reflexión himnica (González Iglesias, 2019: 26), se adelgazan hasta llegar a una estética intimista

de la contemplación, tallada con una palabra al servicio de la más profunda sensibilidad, sin dejar de lado nunca ni su particular mirada, ni la temática principal de sus versos: el amor en todas sus manifestaciones, las diferentes maneras de la felicidad y de la belleza, y la experiencia íntima de la serenidad. «La poesía (la zona de libertad de lenguaje) es el único discurso que me permite decir socialmente lo que individualmente percibo como armonía» (González Iglesias, 1999: 9), escribía el autor en uno de sus primeros libros.

En su obra todo es a la vez antiguo y moderno, y todo se da la mano: el cuerpo con su contundencia en plenitud y el espíritu en su sosegada certidumbre; el culturalismo y el silencio; la acción más desmedida y el lento contemplar del universo; pintadas sobre muros y grabados testigos de pisadas ancianas. Son precisamente sus últimos libros los que han intensificado la expresión de la armonía y sus satélites emocionales: la confianza y la espera. La primera se expresaba, en toda su obra *Confiado*. «Cuando el mundo entero/ o mi mundo se hundan/ tantas veces, entonces/ algo relacionado con los pájaros/ y los lirios me salva» (González Iglesias, 2015: 68), escribía en él. Una magnífica forma, acariciante y delicada, de nombrar la experiencia de vivir ligero de equipaje, entregado sin más a la existencia.

En *Jardín Gulbenkian*, Juan Antonio González Iglesias transforma el jardín en símbolo perfecto del universo, en célula o semilla que contiene las propiedades del cuerpo o del árbol entero, como holograma en el que en cada fragmento está la imagen total, como modo de estructurar humanamente la esperanza, de darle forma, sucesión, rito... Pero también de empujarla hacia los días venideros: «Miro el mundo», escribe en el poema final, titulado, precisamente, «El futuro»: «Estoy seguro de que acerté cuando/ elegí el ascetismo, ser poeta» (González Iglesias, 2019: 71), expresando, así, la conformidad esperanzada entre vida, obra, tiempo y mundo.

Junto a ellos también se escuchan en estos años, en el panorama nacional, las voces de escritores que elaboran una poesía de conciencia que responde a una temática de actualidad, y en la que se tratan asuntos como la globalización, la ecología, o la pobreza. Su estética comprometida, que se manifiesta a través de recursos como el prosaísmo, el torrencialismo verbal, el vanguardismo, tiene en nuestros días, y en nuestra tierra, como mejor heredera, a la escritora Monsterrat Villar González, poeta comprometida y activa gestora cultural.

Del mismo modo, con una relevancia significativa y necesaria, se acrecienta como asunto de interés lírico la reivindicación del elemento femenino, tanto en relación con la autoría como en el caso del sujeto poemático. Aunque

algo más tarde, también en Castilla y León se lleva a cabo lo referido por José Luis Mora:

«Desde principios de los 80 del pasado siglo se atisba un cambio de percepción y recepción de la poesía hecha por mujeres; utilizo «percepción» porque implica la subjetividad (y parcialidad) de la mirada crítica, que hasta el año 1980 había casi ninguneado la presencia no masculina en las antologías y estudios» (Mora, 2016: 40).

Así pues, el siglo actual comienza con el reconocimiento de la poesía femenina (Balcells, 2003; Escribano, 2004) como una de sus características principales. Y a partir de ahí, de este modo, se toma conciencia progresiva de la necesidad de replantear los criterios de constitución del canon de poetas. «Reescribir el canon», escribe lúcida Amalia Iglesias, «es también una de las tareas novedosas emprendidas en estos últimos años de forma más sistemática, con proyectos que tratan de recuperar ese capital simbólico de las escritoras de otras generaciones, los cimientos de la tradición de la poesía escrita por mujeres» (Iglesias, 2017: 17).

Hay que señalar, precisamente, que en los últimos tiempos ha habido editoriales que han trabajado intensamente en esta dirección. Sin ir más lejos, la antología *Insumisas. Poesía crítica contemporánea de mujeres* (García-Teresa, 2019), incluía a las poetas burgalesas Begoña Abad, Alicia Es. Martínez y Vanessa Basurto, a las sorianas María Ángeles Maeso, Isabel Miguel y Carmen Ruth Boillos, a la leonesa Ruth Toledano, a las vallisoletanas María Ángeles Pérez López y María Monjas Carro, y a las salmantinas Andrea Mazas y Maribel Andrés Llamero.

En el caso de la vallisoletana afincada en Salamanca María Ángeles Pérez López, situada también en ese grupo que protagoniza el cambio de siglo, la mirada femenina se presenta desde el inicio de su escritura, hermosamente, como hilo conductor de muchos de sus textos, pero de manera significativa en su obra *Jardines excedidos* (2018), donde el sujeto lírico asume todos los ritos que históricamente le han sido atribuidos a la mujer: la culpa, la soledad, la vergüenza o el llanto, pero que también admite como propia esa fuerza generada en la conciencia de la identidad personal. La protagonista de sus versos es, entre otras cosas, una «animala de carga», expresión doliente que manifiesta su manera de estar en gran parte del mundo desprotegida. Es una mujer que sale por las mañanas a cazar el bisonte; que espera la llegada de los ciervos; que, como los elefantes, se inquieta ante los huesos de su especie; que pare a sus crías en el frío, y que se rebela frente a los papeles que le han sido asignados por la historia. Y la poesía es su grito de guerra.

Su obra, intensamente trabajada, muestra igualmente la conciencia de la revelación del lenguaje poético, cuidado profundamente en su ritmo, que en los primeros libros se vuelca, sobre todo, en el endecasílabo y en los últimos recorre un camino de fagmentación lúcida y de afirmación del papel transformador del poema sobre el mundo. En ese sentido, en *Fiebre y compasión de los metales* (Pérez López, 2016), el compromiso social de la poeta, que nunca hace perder calidad ni profundidad expresiva a los poemas, se vale del lenguaje de los objetos para apuntar hacia el mundo y sus heridas, idea que ya había trabajado en una de sus primeras obras, *La sola materia* (Pérez López, 1998). En *Fiebre y compasión de los metales* late una inmensa ternura que transforma el dolor en belleza. La autora expresa, justamente, que el mundo no es como debiera, que no es del todo sincero dibujar con palabras una felicidad que no es totalmente real ya que, a pesar de su temblor y de su piedad para con él, el mal existe, aunque las palabras lo puedan mitigar. El lenguaje, la experimentación formal y la reflexión también están presentes en una de sus últimas obras, *Interferencias* (Pérez López, 2019), en la que encontramos enfrentados tipográficamente, pero situados de manera intercalada, trozos de poemas clásicos y textos procedentes de la actualidad, con los que la autora quiere apuntar, de nuevo, de una manera lucidísima, a todo lo injusto de este mundo.

### 3.4. EL NUEVO SIGLO

Iniciado así ya el siglo XXI, se produce en poesía una enorme diversificación de tendencias, que se presentan entre ellas de manera heterogénea, pero que se unifican en la voluntad de asimilación de las corrientes anteriores, entreveradas con las peculiaridades propias de su tiempo, junto a su apertura a tradiciones diversas. De este modo, son varios los grupos generacionales que conviven en nuestro país en el inicio de siglo, a los que se van incorporando, poco a poco, los poetas más jóvenes. Diversidad y eclecticismo serán las características, junto con los nuevos formatos y canales, del nuevo siglo.

Podría hablarse de varios tramos cronológicos que coexisten con las generaciones incluidas entre el 50 y el 80. Podemos encontrarnos, así, vinculados de maneras distintas a nuestra tierra, autores nacidos en la década de los sesenta, donde se situarían, entre otros, escritores como los mencionados Amalia Iglesias, Juan Antonio González Iglesias, María Ángeles Pérez López o Antonio Manilla; los nacidos entre el 70 y el 81, donde se integrarían, entre otros, escritores como Luis Arturo Guichard, Julia Piera, Antonio Portela, Raúl Vacas, o Luis Artigue; y los nacidos entre el 81 y 2004 llamados, sobre todo en su tramo final, generación *millennials* o nativos digitales, entre los que se encuentran,



entre otros, poetas como Ben Clark, Andrés Catalán, Elvira Sastre, Emily Roberts, Maribel Andrés Llamero, David Refoyo o Ángela Segovia.

En este sentido, al analizar lo que está ocurriendo en la poesía en nuestros días, se puede repetir lo que escribió ya en 2002 un crítico acerca de que «el Pessoa del siglo XXI quizá esté ya entre nosotros, pero todavía no podemos distinguir ni su nombre ni su cara» (García Martín, 2002: 7). Lo cierto es que la cercanía temporal complica el análisis en profundidad por falta de perspectiva. Esta dificultad ha sido ya apuntada (Bagué Quílez, 2014: 5) al señalarse la complejidad de analizar un proceso que está en construcción, a lo que se suma la heterogeneidad de corrientes y obras en la creación poética contemporánea. También Luis García Montero señala que, cuando se trata de valorar novedades, la historia de la poesía invita a la precaución antes que al aplauso entusiasta o las negaciones radicales (2018: 13).

Con esa reserva, podemos afirmar, sin embargo, que los poetas del siglo XXI son tan diversos entre sí, como heterogénea es su escritura. Comparten de forma genérica una serie de elementos, entre ellos, la reflexión sobre el lenguaje y la poesía, y el planteamiento sobre el sentido de la existencia, a la que se enfrentan algunas veces con ironía y otras con escepticismo, como bien nos lo muestra, por ejemplo, la obra del salmantino Raúl Vacas. En cuanto a la incorporación de elementos, sobresale en este grupo poético, el hecho de que asumen y suman, por un lado, tradiciones diferentes, y por otro, corrientes anteriores a ellos que, a veces, homenajean en su escritura, característica esta que pudimos disfrutar los lectores de la buena poesía en *Los hijos de los hijos de la ira* de Ben Clark (2006). Cultivan un culturalismo moderado, como ocurre en algunos de los poemas del salmantino Andrés Catalán, y también el realismo sucio, incorporan elementos procedentes de la cultura en la que ellos viven (cine, cómic, publicidad...) y, de manera especial, de los nuevos medios de comunicación y de las redes sociales, lo que puede verse, por ejemplo, claramente en la poesía del zamorano, accésit del XXX Premio internacional de poesía Jaime Gil de Biedma, David Refoyo.

Formalmente cuidan el lenguaje, pero el suyo es un idioma sencillo al servicio de la comprensión del poema, así puede comprobarse en la poesía de la segoviana Elvira Sastre, que a veces roza el prosaísmo, como sucede, también, en el caso de la abulense Emily Roberts. De igual modo, sobre todo en los autores más jóvenes, se vuelve a retomar el surrealismo y sus elementos simbólicos. Su sintaxis, con frecuencia, es fragmentaria, y combinan el versículo largo con los versos breves, rítmicos de forma natural, algo que se manifiesta claramente, por ejemplo, en la poesía de la abulense Ángela Segovia.

De manera significativa, en los últimos años, se ha intensificado también en la temática de los poemas, junto a la presencia de la mirada femenina, la vuelta a lo rural y a los espacios olvidados, y el rescate de la naturaleza, el campo y la infancia, características que se aprecian también en poetas de generaciones anteriores, como ocurre, por ejemplo, en la obra última de Antonio Manilla o en la de Isabel Bernardo, «una de las mejores poetas españolas de entre aquellas que tienen por bandera la vida en la naturaleza como hábitat e inspiración» (Escribano, 2021: 34), y que ahora se incorporan como temática central de algunos libros de escritores de menor edad.

Así lo vemos, por ejemplo, en *Autobiús de Fermoselle*, de Andrés Llamero, obra donde se percibe un deseo de transmitir la claridad de la mejor Castilla, asociada a los lejanos días de la infancia. En ella se expresa la nostalgia por lo perdido y abandonado, por lo que se percibe fugaz y a punto de desaparecer, por el recuerdo del mundo irrecuperable de nuestros mayores (Escribano, 2019). Representa perfectamente, de este modo, Andrés Llamero esa dualidad –señalada por Luis Bagué Quílez (2010: 37)– a la que se enfrentan los poetas actuales, quienes no solo son conscientes de su responsabilidad, sino también de las limitaciones de la palabra para incidir de manera efectiva en la sociedad.

La nueva generación, por tanto, es un grupo policéntrico aglutinado por un arco de edad similar, lecturas compartidas y por el deseo de dejar atrás la polarización que caracterizó la escena literaria de finales del siglo xx (Bagué Quílez y Santamaría, 2013: 13). Su actitud frente al mundo y a la poesía les ha valido el marbete caracterizador de generación desolada, debido la insatisfacción personal y el desencanto colectivo que muestran en sus poemas (Bagué Quílez y Santamaría, 2013: 22). En este amplio grupo podemos encontrarnos edades diferentes y modelos estéticos distintos, pero todos ellos conviven y comparten espacios y medios. Igualmente se caracterizan, de manera muy intensa, por el empleo de las nuevas tecnologías y de las redes sociales a la hora de dar a conocer su obra, y ese uso creciente de la red es uno de los elementos configuradores de su generación. «Asistimos –escribe Francisco Morales Lomas– desde comienzos de siglo a un despertar de la poesía en las redes sociales que ha ido conformando un entramado en el que jóvenes *millennials* han ido ocupando progresivamente a partir de blogs personales un espacio amplio que cuenta en la actualidad con importante número de seguidores y permite llevar la poesía hacia ámbitos mucho más amplios que hasta ahora podría llegar con las ediciones reducidas de la poesía» (2018: 31).

Aunque esto no deja de tener sus riesgos, lo que hace que algunos escritores, como Fernando Valverde, se pregunten dónde están los límites de

la poesía, añadiendo que, en muchos casos, tendríamos que hablar no tanto de un fenómeno literario como de uno de carácter social y económico. O, quizá, más bien de un fenómeno literario que es consecuencia de hechos que no tienen que ver con el arte, pero que sí afectan al arte en cuanto modifican los canales de comunicación y las conductas de los usuarios (no lectores). La aparición de un nuevo canal influye en la manera en la que se construye el mensaje. De aquí deriva que también cambie la relación entre el emisor y el receptor y que, como resultado de este nuevo fenómeno, la poesía adquiera las mismas características que su canal: se vuelve rápida, busca el éxito, y el triunfo de lo cuantitativo (Valverde, 2018).

#### 4. CONCLUSIONES

En definitiva, si tuviéramos que hacer una foto de familia del panorama actual de la poesía castellanoleonesa, tendríamos que utilizar un objetivo de gran angular para que cupiesen todos los poetas (muchísimos más de los que he podido reflejar en este breve espacio de unas pocas páginas).<sup>1</sup> Conviven hoy en Castilla León poetas de grupos diversos. Lo que es evidente es que la poesía caste-

---

<sup>1</sup> Sería imposible citar en esta contribución a todos los escritores que, con diferentes edades y perteneciendo a distintas generaciones, cultivan una poesía de calidad en nuestra región, debido a su cantidad y al desconocimiento exhaustivo de la autora de todos ellos. Valga aquí, como muestra, la selección llevada a cabo que, aunque incompleta, recoge a algunos autores merecedores todos ellos de aparecer en la foto de familia de la poesía castellanoleonesa actual. No figuran a continuación aquellos nombres que, con mayor o menor atención, han sido previamente incluidos en las páginas precedentes. Vaya mi disculpa, de antemano, para aquellos que, únicamente por mi desconocimiento, no hayan sido incluidos en los párrafos que siguen. En Ávila destacan, entre otros, María Ángeles Álvarez, Nieves Álvarez, Ester Bueno Palacios, Juan Pedro Fernández Blanco, David Ferrer, Laura García de Lucas, Daniel García-Moreno, Nuria Herrera, Isidro Martín, Mario Pérez Antolín, José Pulido, José Rivero Gil, Miguel Velayos y Daniel Zazo.

Vinculados a Burgos están, entre otros, Manuel Arandilla, Celia Camarero, Carlos Contreras Elvira, Pablo del Barco Alonso, Iliá Galán, Juan Carlos García Hoyuelos, José Gutiérrez Román, Rufino Hernández Escudero, Carmen Plaza, Teodoro Rubio Martín y Ricardo Ruiz Nebreda.

Vinculados a León podemos hablar, entre otros, de poetas como César Aller, Susana Barragués Sáinz, Ángeles Basanta, Amparo Carballo Blanco, Ana Isabel Conejo, Lourdes de Abajo, Víctor M. Díez, Ángel Fierro, Alba Flores Robla, Andrés [García] Trapiello, Luis López Álvarez, José Luna Borge, José Antonio Llamas, Margarita Merino, Vicente Muñoz Álvarez, Eloísa Otero, Sara Otero del Amo, M<sup>a</sup> Amparo Paniagua Muñoz, Luis Miguel Rabanal, Ildelfonso Rodríguez, Rafael Saravia, Enrique Santiago Viñas Duque, Felipe Zapico Alonso y Silvia Zayas.

Vinculados a Palencia están, entre otros, los poetas Julián Alonso, Carmen Álvarez, Santiago

llanoleonesa en el siglo XXI ya no se presenta fragmentada en dos grupos opuestos entre sí, o enfrentados estéticamente a otras regiones. Suman también tiempos e inquietudes variadas, desde los años 50 del pasado siglo, hasta los inicios de este. Se escuchan entre ellos, se leen, se juntan y comparten espacios y publicaciones. Tenemos que darnos la enhorabuena porque Castilla y León, como decía al principio, está viviendo una edad de oro en lo que a poesía se refiere.

En esta situación estamos, con palabras, estéticas, miradas y grupos diversos, con paisajes ardiendo entre nuestros ojos, con internet a pleno rendimiento y las redes sociales avanzando más deprisa de lo que la imaginación puede anticipar, mientras nos acercamos al final del primer cuarto del siglo XXI. Nos quedan muchas cosas por ver y por vivir en los próximos años. Y la poesía será testigo, y también cauce, de lo que los cambios generen.

---

Amón, César Augusto Ayuso, Félix Buisán Cítores, Manuel Carrión Gutiez, Sari Fernández Perandones, Joaquín Galán, Marcelino García Velasco, Mar Gómez Sánchez, Luis Antonio Gutiérrez, Mariano Íñigo, Jesús Medrano Gabilucho, Casilda Ordoñez, Enriqueta Palacios, Elpidio Ruiz Herrero, Miguel de Santiago, Manuel Sánchez Gorjón, Javier Villán y Fernando Zamora.

Asociados a Salamanca figuran, entre otros, los poetas Aída Acosta, Jorge Barco, Andrea Bernal, Francisco Castaño, Luis Felipe Comendador, Celia Corral Cañas, Fernando Díaz San Miguel, Elena Díaz Santana, Asunción Escribano Hernández, José Manuel Ferreira Cunqueiro, Luis Frayle Delgado, Fernando Gil Villa, Ángel González Quesada, Maximiliano Hernández Marcos, Elba Maribel Hernández Miranda, Yolanda Izard Anaya, Juan Carlos López Pinto, Julio de Manueles, Mercedes Marcos, Salustiano Martín, Julián Martín Martín, Paco Novelty, Alfredo Pérez Alencart, Carmen Prada, José Manuel Regalado, Charo Ruano, Soledad Sánchez Mulas, Antonio Sánchez Zamarreño, Alberto Santamaría, Mónica Velasco, Juan Velasco Plaza, Ramón García Mateos y Quintín García.

En Segovia nacieron o viven los poetas: Marisa Alonso Santamaría, David Álvarez Gómez, Amando Carabias María, Camilo de Ory, David Hernández Sevillano, Luis Llorente, Luis Miguel Marigómez Marugán, Pilar Martín Gila, Luis Javier Moreno, Carlos Rodrigo, Felisa Torrego Díaz y José Luis Torrego Segovia.

A Soria están vinculados, entre otros, los poetas Enrique Andrés Ruiz, Víctor Angulo, Andrés Martín y Bernardo Santos.

Vinculados a Valladolid se encuentran, entre otros, los poetas David Acebes Sampetro, Luis del Álamo, Luis Alonso García, Belén Artuñedo Guillén, Sara Caviedes, Javier Dámaso, Irene Enríquez Pigazo (Irene DeWitt), Jesús Fonseca, Eduardo Fraile, David Galán (Redry), Rodrigo Garrido Paniagua, Mauricio Herrero Jiménez, Jacob Iglesias, Luis Ángel Lobato Valdés, Pedro Ojeda Escudero, Mercedes Parada Deu, Antonio Piedra, Gloria Rivas Muriel, Boris Rozas, Araceli Sagüillo, Pilar Salamanca, Luis Santana, Angélica Tanarro Martín, Fernando del Val y Alberto Sevillano Montaña.

Finalmente, vinculados a Zamora, podemos citar, entre otros a Pilar Antón, Luis Nicanor Díaz González-Viana, Ángel Fernández Benéitez, Felipe Fuentes García, Pablo García Malmierca, Jesús Losada, Concha Pelayo, Luis Ramos de la Torre, Maeve Ratón y Atilano Sevillano.

Pero estoy segura de una cosa: de que ni en Castilla y León, ni en ningún otro lugar de la tierra, la poesía desaparecerá. Solo se adaptará para sobrevivir, como siempre han hecho todos los seres vivos, movidos por la respiración, por el pálpito y por la vida.

## Bibliografía

- ABC (2005): «Antonio Gamoneda niega la existencia de una generación poética de los años cincuenta», *ABC Cultura* (2 de agosto de 2005), disponible en <[https://www.abc.es/cultura/libros/abci-antonio-gamoneda-niega-existencia-generacion-poetica-anos-cincuenta-200508020300-204217101542\\_noticia.html](https://www.abc.es/cultura/libros/abci-antonio-gamoneda-niega-existencia-generacion-poetica-anos-cincuenta-200508020300-204217101542_noticia.html)> [1/1/2020].
- AGANZO, Carlos (2018): *Arde el tiempo*, Renacimiento, Sevilla.
- BAGUÉ QUÍLEZ, Luis (2010): «Reglas de compromiso. Poesía para después de la batalla», en Ma Ángeles Naval (ed.), *Poesía española posmoderna*, Visor, Madrid, pp. 37-61.
- (2014): «La poesía española bajo el efecto 2000 (dos o tres cosas que sé de ella)», *Ínsula*, núm. 805-806, «Poesía española contemporánea», (enero-febrero), pp. 5-8.
- BAGUÉ QUÍLEZ, Luis y SANTAMARÍA, Alberto (2013): «2001-2012: una odisea en el tiempo», en Luis Bagué Quílez y Alberto Santamaría (eds.), *Malos tiempos para la épica. Última poesía española (2001-2012)*, Visor, Madrid, pp. 11-32.
- BALCELLS, José María (2003): *Ilimitada voz. Antología de poetas españolas 1940-2002*, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz.
- (2005): «Un cuarto de siglo de literatura», en José María Balcells (coord.), *Literatura actual en Castilla y León*, Ámbito, Valladolid, pp. 15-17.
- (2007): «Diversidades literarias en las poetas españolas», en Laura Scarrano (ed.), *Los usos del poema: poéticas españolas últimas*, Eudem, Mar de Plata, pp. 105-120.
- BARELLA, Julia (2013): «De los novísimos a los poetas de la experiencia», *Ritmos*, núm. 21 (25 de abril de 2013), disponible en <<https://www.ritmos21.com/9260/de-los-novisimos-a-los-poetas-de-la-experiencia.html>> [1/1/2020].
- BLASCO, Javier (2005): «Notas para una deconstrucción de la “berza”», en José María Balcells (coord.), *Literatura actual en Castilla y León*, Ámbito, Valladolid, pp. 261-278.
- CARBAJOSA, Natalia (2010): «En el principio era el verbo», prólogo a la obra completa de Jesús Hilario Tundidor, *Un único día. Poesía 1960-2008*, 2 vols., Calambur, Madrid, vol. I, *Borracho en los propileos. Poesía 1960-1978*, pp. 9-20.

- CASADO, Miguel (1985): *Esto era y no era. Lectura de poetas de Castilla y León*, Ámbito, Valladolid, 2 vols., vol. I.
- (2004): «Epílogo. El curso de la edad», en Antonio Gamoneda, *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, pp. 573-627.
- CLARK, Ben (2006): *Los hijos de los hijos de la ira*, Hiperión, Madrid.
- COLINAS, Antonio (1991): *Tratado de Armonía*, Tusquets, Barcelona.
- (2016): *Memorias del estanque*, Siruela, Madrid.
- COMBARROS, César (2019): «José Luis Puerto: “La literatura contemporánea en Castilla y León indaga en el mundo del origen y la memoria”», *León Noticias* (21 de abril de 2019), disponible en <<https://www.leonoticias.com/culturas/libros/jose-luis-puerto-20190421135121-nt.html>> [1/2/2020].
- COSSALTER, Fabrizio (2007): «La silenciosa dignidad de los vencidos. La poética de la memoria de Julio Llamazares», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 29, núm. 301, pp. 299-306.
- DOMÍNGUEZ, Santos (2017): «Amalia Iglesias. *La sed del Río*», *Encuentros de lecturas*, 28 de septiembre de 2017, disponible en <<http://encuentros-conlasletras.blogspot.com/2017/09/amalia-iglesias-la-sed-del-rio.html>> [1/2/2020].
- ESCRIBANO HERNÁNDEZ, Asunción (coord.) (2004): *Femenino Plural*, Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, Salamanca.
- (2006): «José Luis Puerto: Una poética de la desposesión», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, disponible en <<https://webs.ucm.es/info/especulo/numero33/jlpuerto.html>> [1/2/2020].
- (2019): «*Autobús de Fermoselle* de Maribel Andrés Llamero», en *Salamancartvaldia.es*, disponible en <<https://salamancartvaldia.es/not/218327/autobus-fermoselle-maribel-andres-llamero/>> [1/1/2020].
- (2021) «El viaje interior de las palabras. Una lectura de la poesía de Isabel Bernardo», en Isabel Bernardo, *Siempre adentro. (Antología poética 2005-2020)*, Diputación de Salamanca, Salamanca, pp. 7-35.
- EUROPA PRESS / La Rioja (2013): «El escritor Gonzalo Santonja afirma que la poesía “no está en crisis, sino que hay una crisis de mercado”», disponible en <<https://www.europapress.es/la-rioja/noticia-escritor-gonzalo-santonja-afirma-poesia-no-tesis-hay-tesis-mercado-20130426135856.html>> [1/1/2020].
- EXPÓSITO HERNÁNDEZ, José Antonio (2003): «La obra poética de Antonio Gamoneda». Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, disponible en <<https://eprints.ucm.es/4645/1/T26672.pdf>> [1/12/2019].
- GAMONEDA, Antonio (2004): *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona.

- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1986): «El último cuarto de siglo en la poesía de Castilla y León», en VV. AA., *Literatura contemporánea en Castilla y León*, Junta de Castilla y León, Valladolid, pp. 93-110.
- (1993): «Lectura de la noche. Jesús Hilario Tundidor», *ABC Literario* (26 de noviembre de 1993), p. 8.
- GARCÍA MARTÍN, José Luis (1999): *La generación del 99*, Ediciones Nobel, Oviedo.
- (2002): *Poetas del siglo XXI*, Libros del Pexe, Gijón.
- GARCÍA MONTERO, Luis (2018): «Meditaciones previas sobre jóvenes poetas», en Remedios Sánchez (coord.), *Nuevas poéticas y redes sociales. Joven poesía española en la era digital*, Siglo XXI, Madrid, pp. 13-29.
- GARCÍA-TERESA, Alberto (2019): *Insumisas. Poesía crítica contemporánea de mujeres*, Baile del Sol, Santa Cruz de Tenerife.
- GONZÁLEZ IGLESIAS, Juan Antonio (1997): *Esto es mi cuerpo*, Visor, Madrid.
- (2015): *Confiado*, Visor, Madrid.
- (2019): *Jardín Gulbenkian*, Visor, Madrid.
- HERRERO, Fermín (2012): *De atardecida, Cielos*, Los versos de Cordelia, Madrid.
- (2016): *Sin ir más lejos*, Hiperión, Madrid.
- IGLESIAS SERNA, Amalia (1996): *Dados y dudas*, Pre-Textos, Valencia.
- (2006): «Antonio Gamoneda, el escultor de las palabras», *Letras Libres* (noviembre de 2006), disponible en <<https://www.letraslibres.com/mexico-espana/antonio-gamoneda-el-escultor-las-palabras>> [1/12/2019].
- (selec. y pról.) (2017): *Sombras di-versas. Diecisiete poetas españolas actuales (1970-1991)*, Vaso Roto, Madrid.
- JIMÉNEZ, José Olivio (1984): «La poesía de Antonio Colinas», en Antonio Colinas. *Poesía 1967-1981*, Visor, Madrid, pp. 9-49.
- (2001): «Nueva poesía española (1960-1970)», *Ínsula*, núm. 652, «Vigencia y balance de *Nueve novísimos poetas españoles*», (abril de 2001), pp. 20-23.
- LLAMAZARES, Julio (2009): *Versos y ortigas*, Hiperión, Madrid.
- LLERA, José Antonio (2019): «Memoria, duelo y melancolía en *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares», *Revista de Literatura*, vol. LXXXI, núm. 162, pp. 533-548.
- LÓPEZ, Julio (1982): *Poesía épica española (1950-1980). Antología*, Ediciones Libertarias, Madrid.
- LOSTALÉ, Javier (2019): «La palabra fundadora de Jesús Hilario Tundidor», *Letra 15*, núm. 9, disponible en <<http://www.letra15.es/L15-09/L15-09-12-Javier.Lostale-La.palabra.fundadora.de.Hilario.Tundidor.html>> [1/2/2020].
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, José Enrique (1994-1995): «Últimas y penúltimas promociones poéticas leonesas», *Tierras de León*, núm. 97-98, pp. 137-150.

- (2005): «Entre la ebriedad y las pérdidas: Vías para la poesía castellana y leonesa contemporánea», en José María Balcells (coord.), *Literatura actual en Castilla y León*, Ámbito, Valladolid, pp. 279-293.
- MESTRE, Juan Carlos (1999): «Poética», *Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades*, Universidad de Chile, núm. 9, disponible en <<https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/09/jcarlosmestre2.htm>> [1/3/2020].
- (2003): *Antífona del otoño en el Valle del Bierzo*, Calambur, Madrid, p. 8.
- MONJE, C. (2019): «José Luis Puerto: “Toda creación humana entra en contacto con la inocencia”», disponible en <[https://www.abc.es/espana/castilla-leon/abci-jose-luis-puerto-toda-creacion-humana-entra-contacto-inocencia-201904291101\\_noticia.html](https://www.abc.es/espana/castilla-leon/abci-jose-luis-puerto-toda-creacion-humana-entra-contacto-inocencia-201904291101_noticia.html)> [1/1/2020].
- MORA, Vicente Luis (ed.) (2016): *La cuarta persona del plural. Antología de poesía española contemporánea (1978-2015)*, Vaso Roto, Madrid.
- MORALES LOMAS, Francisco (2018): «Subjetividad y humanidad en jóvenes poetas actuales. Hacia un nuevo paradigma», en Remedios Sánchez, *Nuevas poéticas y redes sociales. Joven poesía española en la era digital*, Siglo XXI, Madrid, pp. 31-48.
- MORALES LOMAS, Francisco y TORÉS GARCÍA, Alberto (2015): *Poetas del 60 (una promoción entre paréntesis)*, El toro celeste, Málaga.
- MUÑOZ QUIRÓS, José María (2017): *Inalterable luz*, Vaso Roto, Madrid.
- PEREDA, Rosa María (1980): «Antonio Colinas: “La única misión del poeta es escribir buena poesía”», *El País* (4 de septiembre de 1980), disponible en <[https://elpais.com/diario/1980/01/04/cultura/315788409\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1980/01/04/cultura/315788409_850215.html)> [1/12/2019].
- PÉREZ LÓPEZ, María Ángeles (1998): *La sola materia*, Aguaclara, Alicante.
- (2016): *Fiebre y compasión de los metales*, Vaso Roto, Madrid.
- (2018): *Jardines excedidos / Jardins excedidos*, ed. bilingüe, trad. Carlos d’Abreu, Lema d’Origem, Carvicais.
- (2019): *Interferencias*, La Bella Varsovia, Madrid.
- PRIETO DE PAULA, Ángel (2010a): «¿Una poesía castellano-leonesa?», *Zurgai*, núm. 12, pp. 6-10.
- (2010b): «Acordes del desconcierto: encrucijadas de la poesía española actual», en M<sup>a</sup> Ángeles Naval (ed.), *Poesía española posmoderna*, Visor, Madrid, pp. 17-34.
- (2005): «Poetas de los cincuenta», disponible en <[http://www.cervantesvirtual.com/portales/poesia\\_espanola\\_contemporanea/historia\\_poetas/](http://www.cervantesvirtual.com/portales/poesia_espanola_contemporanea/historia_poetas/)> [1/1/2020].
- PUERTO, José Luis (2000): *Hondo oficio de inocencia*, Academia Castellano-Leonesa de la poesía, Salamanca.



- (2019): «Antonio Colinas sobre María Zambrano: una guía espiritual», *República de las Letras. Revista de la Asociación Colegial de Escritores*, segunda época, (2 de diciembre de 2019), disponible en <<https://republicadelasletras.acescritores.com/2019/12/02/antonio-colinas-sobre-maria-zambrano-una-guia-espiritual/>> [1/1/2020].
- RENDUELES, César (2010): «Para sentir más, pensar más, saber más. Entrevista con Julio Llamazares», *Minerva. Revista del Círculo de Bellas Artes*, núm. 14, disponible en <<https://www.circulobellasartes.com/revistaminerva/articulo.php?id=399>> [10/2/2020].
- SÁNCHEZ, Remedios (2018): *Así que pasen treinta años... Historia interna de la poesía española contemporánea (1950-2017)*, Akal, Madrid.
- SÁNCHEZ-MESA MARTÍNEZ, Domingo (ed.) (2007): *Cambio de siglo. Antología de poesía española. 1990-2007*, Hiperión, Madrid.
- SÁNCHEZ SANTIAGO, Tomás (2006): «La armonía de las tormentas», introducción a Antonio Gamoneda, *Antología poética*, Alianza, Madrid.
- (2020): «Lo musitado», *El Cuaderno. Cuaderno digital de cultura*, (mayo de 2020), disponible en <<https://elcuadernodigital.com/2020/05/19/este-otro-orden/>> [1/7/2020].
- SANTONJA, Gonzalo (1996): *Por la noche*, Rialp, Madrid.
- STEINER, George (2004): *Lecciones de los maestros*, Siruela, Madrid.
- TRABADO CABADO, José Manuel (2005): «Músicas de lo cotidiano en la poesía de Tomás Sánchez Santiago. Ensayo para una poética», *Estudios Humanísticos*, núm. 27, pp. 233-260.
- TUNDIDOR, Jesús Hilario (2010): *Un único día. Poesía 1960-2008*, 2 vols., Calambur, Madrid, vol. I, *Borracho en los propileos. Poesía 1960-1978*.
- VALERA RUZAFÁ, Modesta Amparo (2005): «Vivir desde otra altura: La poesía de José María Muñoz Quirós», en José María Balcels (coord.), *Literatura actual en Castilla y León*, Ámbito, Ámbito, Valladolid, pp. 480-486.
- VALVERDE, Álvaro (1993): «La travesía del silencio (Pasión de la mirada)», en VV. AA., *Antonio Gamoneda*, Calambur, Madrid, pp. 103-108.
- VALVERDE, Fernando (2018): «Poesía juvenil: el futuro o la muerte de la función poética (o todo lo contrario)», en Remedios Sánchez (coord.), *Nuevas poéticas y redes sociales. Joven poesía española en la era digital*, Siglo XXI, Madrid, pp. 49-63.
- VILLENA, Luis Antonio de (1986): *Postnovísimos*, Visor, Madrid.
- (2003): *La lógica de Orfeo (Antología)*, Visor, Madrid.
- (2007): «Entre el gimnasio y la biblioteca», *El País* (27 de enero de 2007), disponible en <[https://elpais.com/diario/2007/01/27/babelia/1169859023\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2007/01/27/babelia/1169859023_850215.html)> [1/2/2020].
- (2010): *La inteligencia y el hacha (Un panorama de la Generación poética del 2000)*, Visor, Madrid.

- (2016): «Postnovísimos, experiencia, realismo meditativo», en Remedios Sánchez (coord.), *Palabra heredada en el tiempo. Tendencias y estéticas en la poesía española contemporánea (1980-2015)*, Akal, Madrid, pp. 43-48.

